

«Hispanismo y becquerianismo en José Martí»

Los del oficio literario, apréndalo todo (...). Pero para vivir, apréndase lo vivo en las lenguas vivas, donde se contiene hoy lo nuevo y lo viejo...

(José Martí)

Martí da sus primeros pasos literarios de la mano de Rafael Mendive (1821-1886), poeta que había captado los acentos sutiles del último romanticismo, lírico, suave, sencillo, sin sobresaltos, parejo al que Bécquer proponía desde los años cincuenta con el tono de sus composiciones poéticas. Martí tenía a Mendive por maestro indiscutible, y en su escuela aprendió no sólo el quehacer literario de Mendive sino también el afecto a las letras hispanas, el conocimiento de la cultura anglosajona y el amor a la patria. En ese romanticismo caben también otros nombres: todavía queda el recuerdo del apasionamiento herédico, a la vez que otras figuras del talante de Mendive son valoradas por Martí, como Juan Clemente Zenea, J. J. Milanés, Ramón de Palma, Luaces, Plácido, Luisa Pérez, Gertrudis Gómez de Avellaneda, J. Fornaris, los Sellén, etc. Del año 1868, cuando Martí se encuentra en plena adolescencia, datan sus primeras poesías¹. Pero su contacto con la península, dos años más tarde, va a ser decisivo para su formación. Bécquer muere cuando la Navidad de 1870 está a punto de llegar. Martí embarca para España pocos días más tarde, el treinta de diciembre, desterrado, después de haber sufrido una dura prisión, de la que fue objeto por manifestar sus ideales independentistas. Aparte de su procedencia —de cuño español— y su primera formación en Cuba, la etapa peninsular debió de ser decisiva para su raigal entronque con la cultura española. En esos años (1871-1874) frecuentó los círculos literarios madrileños y zaragozanos, conoció a muchos escritores de la época (por algunos de ellos profesó una gran admiración, como es el caso de Echegaray), leyó a los clásicos españoles (al menos el romancero, el cancionero, Gracián, Quevedo, Santa Teresa, Cervantes, Calderón, Fray

1. Vid. Florit, Eugenio, *Poesía en José Martí*, Juan Ramón Jiménez, Alfonso Reyes, Federico García Lorca y Pablo Neruda. Miami, Florida, 1978, pp. 12 y ss.; Florit, Eugenio, «Bécquer en Martí», *La Torre*, 10 (1955) pp. 131 y ss.; Iduarte, Andrés, *Martí escritor*. México, Cuadernos Americanos, 1945, pp. 85 y ss.; Augier, Angel, *Acción y poesía en José Martí*, La Habana, Ed. Letras Cubanas, 1982, p. 167.

Luis, etc.²), probablemente pudo leer directamente la primera edición de las obras de Bécquer, dirigida por los amigos de éste en 1871; estudió la carrera de Filosofía y Letras (además de la de Derecho) en Madrid y en Zaragoza³; escribió varias obras de tipo político y literario, ejerció la crítica de arte; asistía a los teatros, museos, a la Biblioteca Nacional, etc. con mucha frecuencia...⁴.

De esa experiencia podemos inferir que era, de todos los escritores modernistas hispanoamericanos —como dice Fogelquist—

«el que más a fondo conocía la cultura, la vida, el modo de ser de los españoles. (...) Ninguno leyó con más beneficio los grandes clásicos de su propia lengua. Vivió en circunstancias que le hicieron pasar a veces por enemigo de España, pues luchó contra la administración colonial por la independencia de Cuba, pero nadie se sentía más profundamente endeudado con la nación que era el origen de todo lo que él más quería y veneraba»⁵.

Por eso, a pesar de que se han encontrado muchos caracteres extrapeninsulares en su formación⁶, se impone afirmar, por encima de todo, la

2. González, M. P., «Radiografía espiritual de José Martí», *Anuario Martiano*, 2 (1970), p. 520.

3. Se conserva en la Biblioteca Provincial Universitaria de Zaragoza el expediente de Martí correspondiente a sus estudios de Filosofía y Letras, en los que solía obtener las máximas calificaciones sin demasiados esfuerzos. Se contiene en tres piezas: pieza 1.ª, Leg. 61, Exp. 21, Sala H. Est. 15, Tab. 2.ª; pieza 2.ª y 3.ª Índice 1. Mca n. 22.

4. Para la vida de Martí en relación con España, vid. Mañach, Jorge, *José Martí*, La Habana, Edics. Nuevo Mundo, 1960, 2 vols.; Mañach, Jorge, *El espíritu de Martí*, Barcelona, Medinaceli s.a., 1972; Mañach, Jorge, *Martí, el Apóstol*, Madrid, Espasa-Calpe, 1975, 6.ª ed.; Andino, Alberto, *España en la obra de Martí*, Michigan, Ann Arbor, 1983; Andino, Alberto, *Martí y España*, Madrid, Playor, 1973; Lizaso, Félix, *Martí, místico del deber*, Buenos Aires, Losada, 1952, 3.ª ed.; Rexach, Rosario, *Estudios sobre Martí*, Madrid, Playor, 1985, etc. Existen muchos testimonios del propio Martí, en los que valora de modo positivo la vida cultural y literaria de la España que le tocó vivir. Valga el siguiente comentario: «Sin discusión alguna, en Madrid se vive estrecha vida científica, y abundante y buena vida literaria. Son en esto, sin duda, parte principal, las condiciones imaginativas y el cielo todavía azul de los españoles», en *Obras Completas*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales, 1975, 2.ª edición, t. XV, p. 39.

5. Fogelquist, Donald F., *Espanoles de América y americanos de España*, Madrid, Gredos, 1968, p. 255.

6. Conocía en profundidad varios idiomas: inglés, francés, italiano, portugués, alemán, latín, alguno de los cuales hablaba y escribía a la perfección. Leyó con detenimiento —y eso se refleja en su prosa— a Montesquieu, Ossian, Daudet, Renan, Volney, Heine, Gautier, Chateaubriand, Poe, Baudelaire, Rousseau, Flaubert, los Goncourt, Wilde, Mendes, Paul de Saint Victor, Morris, entre otros, sin que por eso su dicción se afrancesara o tomara tintes germánicos o sajones. Estando en París en 1879 se familiarizó con el parnasismo, impresionismo y simbolismo, y adoptó algunos recursos de esas tendencias. Su admiración por la filosofía del norteamericano Emerson es sumamente conocida. Más información al respecto en González, M. P., *Indagaciones martianas*, La Habana, Imprenta Nacional, 1961, pp. 58 y ss.; Anderson Imbert, Enrique, «La prosa poética de José Martí», *Memoria del Congreso de Escritores Martianos*, La Habana, Publicaciones de la Comisión Nacional Organizadora de los Actos y Ediciones del Centenario y del Monumento de Martí, 1953, pp. 575 y ss.; Iduarte, A., *Martí escritor...*, pp. 74 (sobre la influencia posible de Heine y el conoci-

españolidad cultural y literaria de José Martí, siendo a la vez el autor más original del modernismo hispanoamericano y el más identificado con lo español. En un importante estudio, titulado precisamente *La españolidad literaria de José Martí*, Marinello sostiene que se encuentra «en el verso y en la prosa de Martí, muy visible, muy viviente y muy sostenida, la marca de España. La llevaba en la sangre canaria y valenciana; la heredaba sin hurtarla. Su posesión pasmosa de lenguas y culturas, la genuina universalidad de su visión, no podían apartarlo del dominio enérgico, carnal, pleno, de la lengua de sus padres. Martí sabía que «la vida necesita raíces permanentes». (...) Martí amó con afán penetrador cuanto le era cercano. El idioma, que le venía en las venas, de ser para él amor sin tibiezas ni traiciones. Ningún escritor americano posee su raigal españolismo idiomático»⁷.

Martí sabe, en su hondo sentido literario, conferir a la lengua española un estatuto especial, que permite una doble perspectiva: adivinar, por un lado, la tremenda deuda con la tradición literaria española —no sólo por el gran número de citas de los clásicos, sino también por los procedimientos escriturarios aprendidos de ellos— y trascender, por otro, el camino que la lengua española —sobre todo en prosa— había recorrido hasta la segunda mitad del siglo XIX. Por eso se ha afirmado repetidamente que Martí es el gran creador de la prosa modernista en nuestro idioma. Su estilo no es una desviación, sino un culminación:

«Por lo que pudiera aparecer, en cuanto al lenguaje de Martí, como ruptura y distinción de su origen hispánico, no es sino lealtad del más alto porte. (...) José Martí no es una desviación sino una culminación del idioma de España; pero una culminación cubana»⁸.

Pero el idioma no lo es todo, ni puede darnos, por sí, la radiografía de un escritor. Existen otros valores, aparte de los provenientes de los lazos de sangre, que coinciden en Martí para elevarlo hasta las cumbres de lo español más puro. Hay valores científicos, artísticos, experienciales, o los propios de las relaciones humanas, que Martí supo aprovechar para que su arte arraigase «de modo muy suyo en lo mejor del espíritu español, lo clásico y lo popular»⁹. ¡Qué gran dosis de acierto hay en esa afirmación,

miento del alemán); Clinkscales, Orlin, *Becquer in Mexico, Central America and the Caribbean Countries*, Madrid, Ed. Hispanoamericana, 1970, pp. 51 y ss. (sobre todo la influencia alemana en Martí); Ballón-A, José Carlos, *Anatomía cultural: de Emerson a Martí*, Michigan, Ann Arbor, 1985 (tesis doctoral; la publicación definitiva en Madrid, Pliegos, 1986, con el título *Anatomía cultural americana: Emerson y Martí*).

7. Marinello, Juan, *La españolidad literaria de José Martí*, La Habana, 1942, p. 16.

8. Marinello, Juan, «Camino de la lengua de Martí», *Dieciocho ensayos martianos*, La Habana, Centro de Estudios martianos, 1980, p. 121.

9. Onís, Federico de, *Antología de la poesía española e hispanoamericana*, Madrid, Publicaciones de la Revista de Filosofía Española, 1934, p. 35. El mismo sentido tiene la certera explicación de Rosario Rexach: «Pero en España ¡hay tanto que admirar! Los valores literarios, científicos y artísticos, los valores humanos que residen en la gente sencilla le ense-

algo impresionista y sintética, de Juan Ramón Jiménez, acerca de Martí: «Quijote cubano, comprendía lo espiritual eterno, y lo ideal español!»¹⁰. La españolidad de Martí es, en fin, también paradójica: se unen en él el amor por España y el instinto cubano independentista, que le leva a luchar desde muy joven contra la política colonial del gobierno peninsular. Su estancia en España no hace otra cosa que reafirmar los ideales de libertad para su isla, a la vez que fortalece su carácter hispánico: «esta vida hispana de Martí (...) influye fundamentalmente en su personalidad política y literaria en formación: penetra en él la entraña misma de la metrópoli y se reafirma en sus convicciones separatistas. Por otra parte, el conocimiento de los clásicos de Castilla y el ambiente artístico de que se rodea, abren perspectivas inusitadas a su mente y a su espíritu ávidos y le franquean los anchos territorios de la lengua sonora...»¹¹.

Este hispanismo, recogido en los postres de un romanticismo que de la mano de Bécquer va a extenderse como la pólvora y anunciar la modernización literaria, termina reflejando en Martí, en principio muy a su pesar, una carga becqueriana bastante transparente. El poeta cubano se duele de haber escrito sus primeros versos, de adolescencia, muy del estilo de Bécquer, afirmando que sólo los publicados a partir de *Ismaelillo*, incluyendo esta obra, tienen valor. Pero es que también sus obras de madurez poseen la impronta del andaluz. Veamos, por ejemplo, un testimonio de Aquilino Duque con relación al *Ismaelillo*: «Dicen que a Martí no le interesaba la obra de Bécquer, pero el caso es que, según las mismas fuentes, *Ismaelillo*, aparecido a los doce años de muerto el poeta sevillano, está bien cerca de las *Rimas*»¹².

Así pues, habrá que matizar los juicios de Martí sobre la obra de Bécquer y darles un sentido adecuado. Cuando la crítica ha enfrentado a Martí con Bécquer lo ha hecho basándose en unos limitados, contextualizados y poco claros testimonios —muy conocidos, por otra parte— del cubano, que indican falta de visión global. Cuando Martí escribe «herirse

ñan entonces cómo España no es solamente aquella costra un poco encallecida que había visto en las Cortes y que gobernaba en Cuba; sino aquella otra en la que cultura y la vida florecían con modos tan dignos (...). Así asoma otro rasgo del carácter de Martí». *Estudios sobre Martí...* p. 33.

10. Jiménez, Juan Ramón, «José Martí (1895), *Insula*, n.º 4287-429 (1982), p. 10.

11. Augier, Ángel, *Acción y poesía...* p. 174. La sutil dicotomía entre españolidad y ambición separatista la explica así Manuel Pedro González: «Este acrisolado patriota cubano consagrado de por vida a pelear contra el dominio español en Cuba, es al mismo tiempo un amante ardoroso y un propagador infatigable de los grandes valores de la cultura española». *Indagaciones...* p. 58.

12. Duque, Aquilino, «La sombra de Bécquer», en Sebald, R., *Gustavo Adolfo Bécquer*, Madrid, Taurus, 1985, p. 303. Y Florit remacha: «Este librito bellísimo de Martí está muy cerca de las *Rimas*. Afortunadamente, pues —y no podía ser de otro modo— el gusto de Martí adquirió algo de lo mejor de la poesía española de entonces; porque, por muy diferente que fuese su actitud y su posición ante la vida, ambos poetas no sólo lo eran de su momento (...) sino que apuntaban el porvenir». «José Martí: vida y obra. Versos». *Revista Hispánica Moderna*, XVIII (1952), p. 36.

con el cilicio de Gustavo Bécquer»¹³ en la introducción al libro *Poesías* de J. J. Palma (1882) hay que leer un poco más arriba y observar la dura crítica de Martí a los escritores americanos del momento que toman como ejemplo la fama o fortuna de un autor y, faltos de originalidad, repiten sus procedimientos artísticos:

«Hambrientos de cultura, la tomamos donde la hallamos más brillante. Como nos vedan lo nuestro, nos empapamos en lo ajeno. Así, cubanos, henos trocados, por nuestra forzada educación viciosa, en griegos, romanos, españoles».

El mismo sentido provocador de la autonomía literaria hispanoamericana tienen estas otras palabras:

«Y en la poesía, en concreto, se le quita en la traducción la hojarasca del lenguaje poético en que nos han metido Chateaubriand, y Hugo, Zorrilla y Bécquer»¹⁴. La idea es sorprendentemente semejante a esta otra:

«Así se nutre de savia la nación y le entra vida sana a la poesía, que es de lo más bello del mundo, pero está infeliz por nuestras tierras, como criada a hiberón, con el suero alemán de Bécquer...»¹⁵.

o aquellas escritas en *El Partido Liberal*, de México, el 28 de septiembre de 1890:

«en época de tantas mezclas como la de ahora, donde los pueblos copian desmedidamente lo de otros, sin ceñirse a sacar del estudio de lo ajeno, aquel conocimiento de la identidad del hombre, por el que las naciones, aún rudimentarias, han de perfeccionarse y confundirse, sino bebiéndose por novelaría, o pobreza de invención, o dependencia intelectual, cuanta teoría, autóctona o traducida, sale al mercado ahito.

En América se padece de esto más que en pueblo alguno, porque los pueblos de habla española nada, que no sea manjar rehervido, reciben de España (...). Ya lo de Bécquer pasó como se deja de lado un retrato cuando se conoce al original precioso...»¹⁶.

Varias ideas se dependen de la globalidad de los testimonios:

1. La literatura hispanoamericana —o, en su caso, la cubana— ha de buscar su identidad y su originalidad, por encima de todas las influencias que se reciben del exterior, sobre todo de España, y dentro de España, lo que parece que está de moda, es decir «lo de Bécquer», el becquerismo, su estela.

2. La situación literaria de la península no está como para que se la

13. Martí, José, *Obras Completas*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, 2.ª edición, t. V, p. 95.

14. Martí, José, O. C. t. XXII, p. 74.

15. Martí, José, O. C. t. XXII, p. 263.

16. Martí, José, O. C. t. V, pp. 189-190.

imite. La falta de originalidad y lo repetitivo, al otro lado del Atlántico, es frecuente y notoria, como síntoma de una tradición cultural obsoleta o, por lo menos, que no se sabe aprovechar.

3. No se condena a Bécquer, sino los excesos que ha producido la imitación del sevillano. Con agudeza lo observó Schulman en su magnífico artículo titulado «*Bécquer y Martí: coincidencias en su teoría literaria*»; Martí, en esos pasajes, «está criticando, no la obra de Bécquer, sino el «becquerismo» imperante de su época en América, y, a la vez, abogando por la expresión en literatura de los sentimientos verdaderos, hondos y sinceros...»¹⁷.

Hay una alusión más, del mismo Martí, que demuestra como ninguna otra esta realidad: excusando en otro poeta y en sí mismo la utilización de un lenguaje arcaizante, afirma: «Anticuaba sus giros de propósito; pero esto era como artística protesta contra el dialecto becqueriano que se ha puesto de moda entre los poetas o contra ese pampanoso estilo de la prosa heroica o altisonante»¹⁸.

Por eso, es necesario deslindar la función que realiza Bécquer como arquetipo, de la que posee como autor literario concreto. Bécquer como arquetipo funciona a modo de reacción en contra de una moda que los imitadores —dada la gran cantidad y la baja calidad de las imitaciones— han convertido en odiosa; Bécquer como autor supone influencia provechosa en escritores de gran talla, como es el caso de José Martí, y no sólo en sus primeras poesías o en *Ismaelillo*, sino en toda su producción poética —*Versos sencillos*, *Versos varios*, etc— incluidos los *Versos libres*¹⁹. Algunos autores han señalado los casos de influencia más patente, o coincidencia en otras ocasiones²⁰, como:

— la división de la poesía en dos tipos, la altisonante —intelectual— y la sencilla —que sale del corazón—;

17. Schulman, Iván A., *Génesis del modernismo: Martí, Nájera, Silva, Casal*, México, Colegio de México, 1968, 2.ª ed., p. 69.

18. Cfr. Onís, Federico de, «Martí y el modernismo», *Antología crítica de José Martí*, México, ed. Cultura, 1960, p. 165.

19. Algunos testimonios lo corroboran, como éste de Angel Lázaro: «Diríase que todo Martí está aquí (en los *Versos sencillos*), porque este librito —tan semejante incluso en la dimensión de lo material a las *Rimas* de Gustavo Adolfo Bécquer constituye todo un mundo poético, principio y fin de un universo cerrado sobre sí mismo (...)\", «Los versos sencillos de José Martí», *Archivo José Martí*, 1 (1941) p. 70, o éste otro de Torres Morales: «Se advierte el gran número de poemas de *Versos varios* que llevan la huella becqueriana. Muchos de esos poemas fueron escritos entre las fechas 1869-1875: es decir, su viaje a España y permanencia en la península y sus días en México, donde vivió en actividad literaria y periodística y cultivó la amistad de poetas y escritores», «Bécquer y Martí», *La Torre*, 59 (1962), p. 141.

20. Las obras más conocidas son: Florit, Eugenio, «Bécquer en Martí», *La Torre*, 10 (1955) pp. 131-140; Torres Morales, José A., «Bécquer y Martí», *La Torre*, 59 (1962), pp. 127-142; Schulman, Iván A., «Bécquer y Martí: coincidencias en su teoría literaria», *Génesis del*

- el tono general de los poemas en romance, de arte menor;
- la introducción de lo popular;
- la numeración de los poemas en lugar de los títulos;
- la utilización del pronombre personal yo con frecuencia al principio de los versos o las estrofas.
- la disposición poética en forma de conjuntos paralelisticos, en los que los últimos versos de cada estrofa son cortos y sentenciosos;
- la conclusión de las estrofas con una pregunta;
- el ambiente crepuscular de algunas poesías;
- la función del beso en la poesía amorosa;
- el tema de la muerte;
- la vaguedad en algunas composiciones;
- la insuficiencia de la palabra;
- la tropología de la correlación luz-perfume;
- la función de lo musical en la poesía;
- el proceso de la creación poética;
- el comienzo anafórico de las estrofas con introductores tipo «como», «cuando», etc.;
- el diálogo (normalmente sobre la base de preguntas retóricas) intraversal o intraestrófico;
- una extensa gama de palabras afines, a menudo metafóricas o anunciadoras de un tono general de sencillez, como rumor, alas, átomo, ardiente, crepúsculo, la tríada cielo-tierra-mundo, mar, pupila, ondas, evaporar, colgar, volar, suspiro, sonoro, azul, oro, arpa, orea, febril, sueño, etc.

No debe extrañarnos que haya tantas similitudes o influencias pues, aparte de las condiciones externas hasta aquí señaladas (viaje de Martí a España, formación de Martí en contacto con románticos cubanos, moda becqueriana en Hispanoamérica, etc.) nos salen al paso coincidencias de tipo vital-temperamental que hacen suponer la afinidad inconsciente, y que son materia prima vivencial para que prenda la modernización literaria en ambas voluntades:

— En primer lugar un cierto espíritu de aventura y un talante revolucionario. Bécquer huye de la tranquilidad y el bienestar sevillanos antes de alcanzar los cuatro lustros de vida, y comienza en Madrid una lucha idealista —de tipo estético literario— sin garantía alguna de éxito. Y en la lucha por la consecución de ese ideal muere, si no bien por una causa demasiado particular, y en una actitud nada heroica. José Martí ha sufrido el presidio y el destierro por una causa que aglutina la voluntad de todo un pueblo, en nombre de libertades de tipo político, y muere heroicamente llevando hasta el extremo aquellos ideales revolucionarios, movido por

modernismo... pp. 66-94; Clinkscates, Online, *Bécquer in...*, Chapter III, pp. 63-73; Iduarte, Andrés, *Martí escritor...* pp. 85 y ss.; González, M. P. *Indagaciones*, etc.

un temperamento más fogoso que el del sevillano y unas motivaciones más elevadas.

— En segundo lugar, y en conexión con este punto, un idealismo general, fruto quizá del positivismo creciente en la segunda mitad del siglo XIX, que les lleva a manifestar su fe en el progreso sin desprestigiar los valores que el pasado y la tradición han mantenido durante tiempo. Hay cierto romanticismo en ese mirar al pasado, sobre todo en Bécquer, y a la vez, síntomas claros de modernidad al constatar la fe en ese progreso²¹.

— En tercer lugar, se trata de una característica que explica el segundo punto: Bécquer y Martí se dan cuenta de que los tiempos cambian, en todos los sentidos, que la sociedad está evolucionando y que han de ir parejos el movimiento social y el literario. En Bécquer se da de un modo más intuitivo e inconsciente, y se refleja en la novedad de su escritura. En

21. Son muchos los textos en que Bécquer demuestra su interés, lleno de contenido, por el pasado. Esta actitud, provista todavía de abundantes reflejos románticos —en el tono general, en la voluntad a veces escapista, en el ambiente misterioso y cercano a la fantasía— le lleva a valorar el presente a través de la consideración del pasado. Dice en concreto: «La vida de una nación, a semejanza de la del hombre, parece como que se dilata con la memoria de las cosas que fueron, y a medida que es más viva y más completa su imagen, es más real preferible y positiva tal vez que la del punto presente». *Cartas desde mi celda*, IV. Esto no significa que Bécquer desprestigie el presente o el futuro, de un modo inmovilista, sino que trata de armonizar el culto al pasado con la fe en el porvenir propio de un momento de evoluciones rápidas como la segunda mitad del siglo XIX. Aclara en otro pasaje de la misma carta: «Yo tengo fe en el porvenir. Me complazco en asistir mentalmente a esa inmensa e irresistible invasión de las nuevas ideas que van transformando poco a poco la faz de la Humanidad (...). No obstante, sea cuestión de poesía, sea que es inherente a la naturaleza frágil del hombre simpatizar con lo que parece y volver los ojos con cierta complacencia hasta lo que ya no existe, ello es que en el fondo de mi alma consagro como una especie de culto, una veneración profunda, por todo lo que pertenece al pasado, y las poéticas tradicionales (...) tienen para mí todo ese indefinible encanto...». Por lo que se refiere al mundo poético, el andaluz recoge la tradición de que él mismo habla, la regenera, le confiere su impronta personal y la transmite. Y uno de los que primero dan con ella es, precisamente José Martí. Torres-Morales, en el artículo ya citado, p. 135, resume así la cuestión: «Bécquer recoge una tradición y la empuja hacia el futuro (...). Martí es uno de los que recoge esa tradición y la proyecta en su obra personal, enriqueciéndola, individualizándola, y a la vez renovándola con su propio haber poético. Martí no se limita a repetir las formas aprendidas en Bécquer, sino las recrea y las llena de su propia experiencia poética. La modernidad como ruptura con lo anterior no supone, en estos autores, desprecio al pasado sino reconstrucción del mismo para reactualizarlo. En Bécquer existe más apego al placer que produce su consideración. En Martí hay más deseos innovadores, por un temperamento más revolucionario. Pero esa tremenda fe del cubano en el progreso, manifestada con vehemencia, por ejemplo, en el prólogo al *Poema del Niágara*, de Pérez Bonalde, no le resta claridad y objetividad para valorar el papel de lo antiguo en lo nuevo. Como dice Marinello en la *españolidad*... p. 18, hay «a lo largo de todas sus páginas una exaltación heroica que une lo viejo y lo nuevo», hasta el punto de constituir esta dualidad una de las bases fundamentales de la estética martiana, según Schulman: «Innovar/conservar (...) son los dos conceptos cardinales de su estética que orientan la doctrina poética martiana: repudiar las existentes formas de expresión anquilosadas y superadas mediante una modernización del arte. Pero, modernizar no implicaba enterrar el pasado sino actualizarlo de modo original, individual y creador», en «El arte de la 'sangre nueva' y el *Ismaelillo*», *Insula*, 9 428-429 (1982) p. 7

Martí, su vasta formación y su amplio conocimiento de las sociedades y lenguas americanas y europeas le proporcionan una visión más completa de la evolución del mundo occidental; en el aspecto literario tal renovación se dará más en la prosa, pues en el verso la brecha ya la había abierto Bécquer. En Martí, además, hay una clara conciencia de que el modernismo —la modernidad— ha penetrado en Hispanoamérica desde los postreros años setenta²².

— Por último, es necesario mencionar la dicotomía acción/contemplación. Ni Bécquer es sólo pura contemplación, el artista que vive en otro mundo, ni Martí es sólo el revolucionario activo que entrega todo a la causa independentista. Tanto la acción como la contemplación están presentes en los dos, si bien en dosis diferentes, pues la contemplación becqueriana y la acción martiana son fruto del idealismo, mientras que la acción en Bécquer y la contemplación en Martí se abastecen en la inercia. La actividad periodística, pongo por caso, de Bécquer, cuando no es por necesidades estrictamente económicas, tiene ese sentido inercial con respecto a la actividad general contemplativa en su poesía. Lo mismo ocurre con declaraciones como ésta:

«Yo hubiera querido ser un rayo de la guerra, haber inflido poderosamente en los destinos de mi país, haber dejado en sus leyes y en sus costumbres la profunda huella de mi paso: que mi nombre resonase unido, y como personificándola, a alguna de sus grandes revoluciones...» (*Cartas desde mi celda*, III).

Y la actitud contemplativa de Martí en el prólogo al *Ismaelillo*, cuando «espantado de todo» se refugia en el pensamiento de su hijo, o cuando teoriza sobre la inspiración poética o el misterio de lo poético, es también consecuencia de la inercia que la evolución de la poesía contrae en su paso desde el romanticismo a la modernidad, y a la vez necesidad vital, válvula de escape.

ANGEL ESTEBAN-P. DEL CAMPO
Universidad de Granada

22. Con respecto a esta cuestión, vid. nuestro «Martí, Darío y la definición del modernismo», comunicación al Congreso Internacional sobre Rubén Darío y el Modernismo *Cien Años de Azul 1888/1988*, Granada, Diciembre de 1988, en prensa, recogido también en nuestro trabajo *Bécquer y Martí: entre el romanticismo y la modernidad*, Granada, Servicio de Publicaciones de la Universidad, 1990, pp. 476-494.